

leyes.

Después del triunfo del Gobierno, el pueblo penetró la razón i adquirió el conocimiento de sus deberes. Exánime i postrado con las diarias i trágicas escenas de la guerra civil, no se volvió a pronunciar, apesar del despotismo de Herran, la tenebrosa política de Ospina i los amagos liberticidas de Mosquera.

Habia de tocar al partido conservador la mengua de promover un movimiento revolucionario en este país, en el tiempo en que la reforma social marchaba con paso de gigante i cuando el jérmén de libertad, desarrollado desde el 7 de marzo, habia tomado una espansion benéfica i civilizadora. Estaba reservado a hombres tan pérfidos representar en el escenario político los mas odiosos contrastes. Ellos que se decian defensores del Gobierno lejítimo en 1840, lo atacan en 1851; ellos que se titulaban hombres de orden están estableciendo la anarquía; ellos que se quejaban oprimidos se levantan contra las leyes liberales; en una palabra: ellos hacen lo contrario de lo que hicieron, imitan lo que condenaban en sus adversarios, i no tienen ni pretesto siquiera para su ridícula infamia.

El partido liberal está vindicado. Los falsos apóstoles de la religión han clavado el puñal en el corazón de sus hermanos i dicen que Dios les llama al *martirio*, como si mártires fueran los que mueren matando por sostener un vil i bastardísimo intento. Los hipócritas que estaban todo el día en el templo, a guisa de fariseos, son los mismos que violan el decálogo: los que tenían a su disposición prensa i tribuna, (pues las elecciones se las arrebató la sanción pública) son los mismos que toman las armas, porque no saben proceder bien, ni lograr justicia, ni enseñar doctrina, ni convencer a nadie.

Delante de estos traidores está la mayoría nacional, la legalidad, el espíritu del siglo, la religión i la filosofía: que avancen, pues; que vengan a la capital de la República.

¡Qué vengan los traidores! Hé aquí nuestro deseo, si continúan los pronunciamientos. Cansados estamos de sufrir las imposturas, bajezas, iniquidades, vicios i crímenes de esos hombres que parecen abortados por la tierra para mal de la especie humana.

Como Dios es justo i mira con misericordia a sus hijos, ha determinado ya, sin duda, el escarmiento de los conservadores.

Que cuenten, pues, sus últimos instantes si en la guerra persisten, porque la parte sana de la sociedad los ha de ahogar entre sus brazos, i no puede responder de sus almas. Réprobos son en la tierra, réprobos serán en el cielo.

CRONICA DE LA ESCUELA.

¿Ha hecho algo la Escuela Republicana por el progreso de la Nueva Granada? ¿Cuál es su obra?

APRECIACIONES POLITICAS

Artículo 1.º

Para que una nación progreso es necesario hacerla primero capaz de recibir la impresion de las ideas, de entusiasmarse bajo el influjo de los principios. Sin esto, señores, jamas, jamas podrá civilizarse. (Discurso pronunciado en la Escuela Republicana el 7 de marzo de 1851.)

Vamos a contestar esa pregunta que hemos oido hacer a muchos de nuestros adversarios políticos. Vamos a delinear esa obra para presentársela a todos los que de hoy mas duden de su existencia.

Hay sobre todo para la clase que lleva este nombre, en las sociedades, un deber imperiosísimo; el de no dejarle olvidar al pueblo la fuerza de este dilema, después de que él lo haya aprendido, como el mejor medio para no dejarle olvidar tampoco que debe seguir siendo digno de la gloria que conquistó una vez. Solamente llenando este fin puede mantener su nombre; pero si olvida el primero, tiene por fuerza que renegar del segundo.

El pueblo en la República no debe acatar como inteligente sino al que cuide de explicarle con sinceridad i en toda su estension lo que ella es; al que le demuestre la relacion íntima de las necesidades jenerales de progreso para la sociedad con los deberes particulares que él tiene que llenar como fundamento de un gobierno. He aquí circunscrito para nosotros el imperio de esa soberanía de la inteligencia, que solo se ha descrito vagamente, corriendo el riesgo de llegar a despotizar en nombre suyo, es decir, a hacer que se le tema sin que puedan examinarse sus títulos, por la oscuridad en que se les envuelve.

Si después de descubierto ese poder que se denomina de la inteligencia, se dice aún, que no se le da de él una razón estensa al pueblo, porque no lo comprende, no se ha hecho mas que llegar a tiranizarlo en nombre de lo que él mismo adora ciegamente. Esto en las repúblicas es solo una parodia ridícula de lo que decia la teocracia muchos siglos atrás, olvidando que si esto puede decirlo el sacerdote respecto a Dios, jamas podrá decirlo impunemente el hombre respecto a la razón.

Presentimos un peligro inminente de que ese despotismo se entronice a fuerza de predicar en abstracto en nombre de esa soberanía del pensamiento, i que se llegue de este modo a hacer odiosa la mas sublime espresion de los adelantos del siglo.

Hemos oido muchas veces la frase de *el pueblo no comprende*, aun en boca de los mismos que últimamente han querido explicarle los principios constitutivos de la república.

Es un principio manoseado; pero lo repetimos aquí porque explica perfectamente nuestra idea: el que adopta por convencimiento los dogmas de la democracia, sabe también que el pueblo no figura en ella como soberano sino porque es libre e inteligente.

Toda negación de estos atributos es un desconocimiento de su soberanía. Toda confesión de ellos que no sea sincera, es solo una servil oblation.

Se dirá tal vez: todo esto no es más que una repetición de lo que estamos cansados de oír; las doctrinas viejas de la república nos enseñan lo mismo. Esta reflexión no impide el que nosotros lo digamos aun, especialmente desde que sabemos por experiencia que en las doctrinas políticas, mas que en ningunas otras, a fuerza de oír repetir se adquiere la costumbre de olvidar.

I nosotros repetimos todo esto no sin motivo. Para encabezar nuestro artículo con estos pensamientos hemos tenido dos razones principales.

El recuerdo solo de la fecha en que la "Reforma" aparece, nos dispensa de explicar la primera.

Hemos querido, al dirijirnos por primera vez al pueblo por medio de un periódico; al congratularnos por primera vez con él en un día de gloria, haciendo que oiga nuestra voz robustecida por la prensa, emplearla para recordarle, no simplemente la pomposa idea de un triunfo, sino el deber que él impone a su corazón, i el culto que debe tributarle con su inteligencia, no para hacerle creer con risueñas imágenes que es ya bastante

quilamiento de aquella, que se hartan de sangre a virtud de un instinto carnicero, i no añelan otra dicha que el esterminio de sus semejantes.

La frecuente aparicion de estos fenómenos es lo que ha dado orijen a las armas, a la pólvora, a las fortificaciones, a la artillería, a los buques de guerra, a las tácticas militares, i a los ejércitos permanentes.

Tambien convenimos en que estos elementos de muerte han sido a veces útiles a la humanidad para recuperar sus derechos usurpados i su dignidad escarnecida; pero cuando ya los pueblos se han apercebido de su soberanía, i han entrado en posesion de sus fueros, tales medios de ataque i de defensa, a la par de inútiles, son completamente innecesarios.

¿Qué puede pretender un pueblo el día de hoy en un Gobierno republicano, que no lo consiga por las vias pacíficas i legales?

¿Quiere un cambio en el personal de sus gobernantes? Para eso se hicieron las elecciones.

¿Quiere hacer triunfar un principio? Para eso está la tribuna.

¿Quiere reclamar sus derechos, o de cualquier modo oponerse a las resoluciones gubernativas? La imprenta es libre.

Luego en el estado actual de las naciones democráticas, no hai derecho para levantarse jamas contra el Gobierno. Al reconocerse el monstruoso contrasentido de los *pronunciamientos*, se confiesa el atraso i feroz indole del pueblo que los apoyara; porque si la guerra civil, despues de los inauditos males que causa, da por resultado los que las elecciones, la prensa i la tribuna producen sin escándalo, ni la mas leve desgracia; es, sin duda, el medio mas infame de conseguir cambios políticos o mejoras sociales.

Tales reflexiones en la época de transicion que atravesamos los granadinos, nos demuestran la mala fe i ferocidad de corazon de los hombres que han alzado su brazo parricida contra una patria que les ha colmado de beneficios, i que ahora está al frente de la rejeneracion americana.

Juzgábamos nosotros que la rebelion no tendria eco; pero los *pronunciamientos* se suceden unos a otros. Muchísimo confiamos, no obstante, en la fuerza moral i material del Gobierno, para que el mal se estinga pronto, i tambien en la esperiencia que dejó a la República la infausta revolucion de 1839 a 1842.

En aquella malhadada época el sacudimiento fué jeneral, i el pretexto tenia mas visos de motivo justificante. Combatíase por derribar la Administracion de un imbécil, cuyo poder, en nuestro sentir, era lejítimo; proclamábase el Gobierno federal como el mas a propósito para la Nueva Granada, i defendíase la justicia de un inocente perseguido. Ya se ve que estas no son razones que puedan sincerar jamas un procedimiento como aquel ante la opinion pública del mundo; pero al ménos atenúan la gravedad de la falta, i sirven de fundamento a la historia para probar el triunfo de los Gobiernos lejítimos sobre los que atacan la majestad de sus leyes.

Despues del triunfo del Gobierno, el pueblo penetró la razon i adquirió el conocimiento de sus deberes. Exánime i postrado con las diarias i trágicas escenas de la guerra civil, no se volvió a pronunciar, apesar del despotismo de Herran, la tenebrosa política de Ospina i los amagos liberticidas de Mosquera.

Habia de tocar al partido conservador la mangua de promover un movimiento revolucionario en este país, en el tiempo en que la reforma social marchaba con paso de gigante i cuando el jérmén de libertad, desarrollado desde el 7 de marzo, habia tomado una expansion benéfica i civilizadora. Estaba reservado a hombres tan pérfidos representar en el escenario político los mas odiosos contrastes. Ellos que se decian defen-

Es con la esposicion de nuestras ideas sobre este punto que saludamos al 20 de julio de 1851; nosotros que abrigamos la profunda conviccion de que el mejor culto que puede tributarse a una fecha memorable es asociarla a una idea grande, o a un sentimiento jeneroso, esos dos elementos necesarios en toda reforma progresiva.

Donde quiera que vemos la primera tributada como recuerdo, encontramos el verdadero homenaje del ciudadano; donde quiera que vemos el segundo ofrecido con sencillez, contemplamos con orgullo el verdadero entusiasmo del patriota.

Es porque nosotros creemos que esas fechas no deben ser memorables para la sociedad, solo por el significado que tuvieron en su orijen, sino tambien por el que ella misma les agregue en cada aniversario.

Es porque creemos que la sociedad debe edificar sobre esos recuerdos sagrados, para que llegue a contemplar despues, siempre que los celebre, al lado de sus títulos de honor la prueba de sus merecimientos, i al esplendor de sus glorias la obra de su gratitud.

Es porque creemos que la memoria de esas fechas no debe dejarse debilitar, celebrándose en cada aniversario únicamente con esos pasatiempos que solo sirven para recordar a la intelijencia que en cada uno de ellos se dista un año mas del hecho que los consagró; un año mas que el pueblo llega por fin a no saber contar sino de bacanal en bacanal, borrado en su mente el significado de esos recuerdos que pudieran mantener la dignidad en su corazon.

No debe conquistar glorias una sociedad sino para tener el glorioso deber de mantenerlas puras i dedicar sus esfuerzos constantes a aumentarlas, a riesgo de que su vergüenza sea doble si las deja manchar, o si por debilidad no sigue en esa carrera en que se empeñó sin remedio al hacerse digna de su primer título de honor; esa carrera en la que no marchar progresivamente, es lo mismo que retrogradar.

"Adelanto o retroceso;" he aquí el dilema con que se debe hacer andar hoy a las sociedades que se han manifestado dignas de existir como tales.

"Adelanto o retroceso" debe sobre todó gritársele sin cesar a la que ha sabido hacer independiente i libre su existencia, porque ella debe comprenderlo mejor que todas las demas.

Enseñar a todas las clases que componen la sociedad la fuerza de este dilema, hacérselo comprender como sinónimo de este otro: *gloria o infamia*, es cumplir un imperioso deber, porque si para que haya honra en la vida del individuo es necesario que sea laboriosa, para que la haya en la de las sociedades es necesario que esté llena de glorias. La gloria es la honra de las naciones, solo porque ella debe ser siempre el resultado de su trabajo intelijente.

Hai sobre todo para la clase que lleva este nombre en las sociedades, un deber imperiosísimo; el de no dejarle olvidar al pueblo la fuerza de este dilema, despues de que él lo haya aprendido, como el mejor medio para no dejarle olvidar tampoco que debe seguir siendo digno de la gloria que conquistó una vez. Solamente llenando este fin puede mantener su nombre; pero si olvida el primero, tiene por fuerza que renegar del segundo.

El pueblo en la República no debe acatar como intelijente sino al que cuide de explicarle con sinceridad i en toda su estension lo que ella es; al que le demuestre la relacion íntima de las necesidades jenerales de progreso para la sociedad con los deberes particulares que él tiene que llenar como fundamento de un gobierno. He aquí circunscrito para nosotros el imperio de esa soberanía de la intelijencia, que solo se ha descri-

LA REFORMA.

grande con sus recuerdos solamente, sino para decirle que no lo es aun, i que dejará de serlo si no edifica, i redobla sus fuerzas para el porvenir.

Hemos querido, al recordarle la fuerza de esa alternativa premiosa de *adelanto o retroceso* en que se encuentran hoy todas las naciones; de esa concisa expresion que el siglo nos presenta, como el, enunciado mas breve de vida de las sociedades, llamarle tambien la atencion sobre el crédito que debe dar a esas voces de *adelanto, progreso, rejeneracion*, que donde quiera suenan, i que han llegado a formar ya esa algazara con que la ignorancia o la impostura esplotan siempre en favor suyo el poder de la verdad.

I porque tenemos que apoyarnos en la revolucion de ideas, es decir, en una de esas revelaciones, cada vez mas explicitas, de la intelijencia en las sociedades, para describir la grande obra de la juventud liberal, es que hemos querido purificar el sentimiento de esa palabra *soberania* con que se designa jeneralmente su poder, i señalar los límites dentro de los cuales haremos uso de ella para estamparla en las columnas de "La Reforma."

Dichos límites podemos encerrarlos en una expresion mas breve aun: que el pueblo no admita ya mas abstracciones sobre esa soberania, i que solo considere como que habla en su nombre al que le puestre la relacion intima de las doctrinas que predique con las costumbres, situacion i estado de los adelantos en la Nueva Granada; teniendo en cuenta que este último requisito, el mas difícil de graduar, está en jeneral suficientemente indicado por los dos primeros.

Toda doctrina que no lleve el sello de estas tres unidades, es solo una divagacion; i adviértase que las divagaciones en política son las mas fáciles de convertir en instrumentos de la demagogia al jermir en el pueblo.

Describiremos en este sentido el papel que ha desempeñado la Escuela Republicana en el progreso de la Nueva Granada; advirtiendo que al estampar la palabra *pueblo* en nuestras reflexiones sobre este asunto, no entendemos por tal esa entidad abstracta que se amolda de diferentes maneras, que se relaja unas veces hasta hacerla producir escoria solamente, que se purifica otras hasta convertirla en ánjel; esa masa indefinible de que indistintamente se saca el populacho o se forja el soberano: no queremos le suceda a nuestro lenguaje lo que sucede casi siempre que se habla en este sentido, que sea, o ridículamente altanero, o servilmente adulator.

Sabemos bien que el pueblo para cada Gobierno no debe ser mas que el *conjunto de todos los asociados*; pero hai tambien al mismo tiempo una acepcion mas humilde de su nombre, i es de la que nosotros usamos.

Esa clase mas numerosa de la sociedad, i cuya existencia se nota en ella mas bien por la masa que forma que por los individuos que la componen; esa clase que se encuentra siempre al descender en la jerarquía social, i allá donde la existencia del individuo empieza a nivelarse con los esfuerzos mecánicos hechos para sostenerla; esa clase que principia donde el hombre empieza a ser conocido solamente por sus sufrimientos o miserias, i donde palidecen el brillo i la ostentacion de las existencias mas elevadas; esa clase que comienza en el ciudadano acomodado apenas, i sigue hasta el último desvalido; esa clase que, valiéndonos de una apreciacion material, se encuentra siempre, por una especie de repulsion, en la circunferencia de los gobiernos, estando allí mejor dispuesta para exhibirlos al mundo, si ellos la olvidan, con un manto de harapos, o a servirle, si ellos como de una corona gigantesca en que se refleje toda la gloria que hacemos mencion. por-

vidia de los partidos, que tratan de ahogar en él las ideas elevadas i humanitarias que reciprocamente se descubren. Pero como esas ideas jamas descienden, aunque el hombre se degrade para hacerlas descender; como es el hombre el que desciende de ellas cuando hace su mente indigna de abrirlas; nosotros buscamos siempre esas ideas, esas miras humanitarias i elevadas fuera del estrecho recinto en que se introduce cuando no queda de él sino el partidario frenético, i es así como hemos contemplado esa figura majestuosa, formada por las esperanzas mas bellas de la sociedad reunidas para tomar una expresion profética; esa figura que hemos creído digna de elevar sobre los partidos meramente personales para que la nacion la vea, porque las primeras, estamos seguros de ello, por mas que se les llamara la atencion no harian mas que fijarle una mirada estúpida i arrojarle lodo tambien, si por ventura llegaban a descubrir en ella algo de grande.

Oh!—menguada lucha la que se establece entre los partidos políticos por los dictérios personales, cuando entre ellos no debe haber sino una de dos: la de principios o la de sangre; la de vida o la de muerte; pero sin pasar de la una a la otra por la farsa ridícula de los insultos, porque esto es impedir que la primera sea fructuosa poniendo la sociedad, derramando lodo al mismo tiempo que la segunda pueda purificar la sociedad, derramando lodo al mismo tiempo que la sangre para que se corrompan en su seno i lo esterilicen para siempre....

Doblemente culpables los partidos que arrojan primero la calumnia para fundar sobre ella sus amenazas sangrientas; que forjan con dictérios una tirania para pedir despues sangre con impunidad en nombre de ese sér asqueroso salido de su mente i que edifican con la mentira solo para elevarse sin rubor a vista de la sociedad entera, hasta la altura del asesinato.

Doblemente culpables, porque desde que empiezan su obra hasta que la coronan, no hacen mas que exhibir miserias que manchan i aun tal vez consiguen ahogar completamente las ideas i convicciones puras del hombre honrado que quiera hacer llenar a los partidos la mision rejeneradora que deben tener en toda sociedad.

No estampamos, sino mui apesar nuestro, estas palabras en las columnas de la "Reforma," solo porque abrigan para nosotros la mas profunda conviccion que hemos sacado de ser espectadores en la lucha de nuestros partidos i porque teniéndola por enseña, jamas la contrariaremos descendiendo hasta el punto de volver dictérios por cualquiera cantidad de ellos con que nos regalen, ya los adversarios, ya los copartidarios políticos.

Por ahora solo obedecemos a la idea de saludar en una de nuestras fechas mas importantes, con un resumen de ideas a un resumen de glorias.

La Escuela Republicana, instalada el 25 de setiembre de 1850, ha sido una de esas producciones espontáneas de la juventud que crea con solo ostentar su enerjía, con solo dejar escapar un destello de esa fuerza vital que es la primera que desborda cuando las sociedades rejuvenecen su existencia, sirviendo de termómetro seguro para medir sus transformaciones progresivas.

Ella fué el parto de esa esperanza que, por su fuerza, llega a ser profética en la juventud, produciendo en ella esa alentadora seguridad que ostenta en todas sus empresas i esa fe ciega en el porvenir que manifiesta cuando siente que la sociedad se adelanta con ella sin zozobra alguna ácia ese abismo en que, para no caer precipitada, solo basta arrojarse con con-

nen; esa clase que se encuentra siempre al descender en la jerarquía social, i allá donde la existencia del individuo empieza a nivelarse con los esfuerzos mecánicos hechos para sostenerla; esa clase que principia donde el hombre empieza a ser conocido solamente por sus sufrimientos o miseria, i donde palidecen el brillo i la ostentación de las existencias más elevadas; esa clase que comienza en el ciudadano acomodado apenas, i sigue hasta el último desvalido; esa clase que, valiéndonos de una apreciación material, se encuentra siempre, por una especie de repulsión, en la circunferencia de los gobiernos, estando allí mejor dispuesta para exhibirlos al mundo, si ellos la olvidan, con un manto de harapos, o a servirle, si la alivian, como de una corona gigantesca en que se refleje toda la gloria de que se cubren; esa clase es el pueblo de que hacemos mención, porque a ella a la que la religión i la filantropía ejercida por los gobiernos bajo esa forma que se llama democracia, han dado especialmente ese nombre para tenerla en cuenta al MEJORAR ANTES QUE TODO SU SITUACION, para que pueda en seguida conocer i hacer valer sus derechos.

No la adulamos, porque no le decimos que ella sea el pueblo soberano; léjos de nosotros la idea de persuadirse jamás. Hacerle creer a una parte del pueblo que en el ejercicio de la soberanía es lo mismo que el pueblo entero, es la idea más demagógica que conocemos, i también la más fácil de convertirse en el principio esterminador de la sociedad.

Esa clase sola *no es el pueblo*, i lo primero que tiene que saber al empezar su educación política, es, que tiene que respetar al pueblo.

Nos ocupamos ahora de ella porque tendrá que ser el fundamento de la mayor parte de nuestras reflexiones sobre el asunto principal.

Explicado esto que hemos creído conveniente hasta el punto de arrostrar el fastidio de la digresión, reduciremos a cuatro proposiciones, que demostraremos por su orden, todo el contenido de los artículos que publicaremos sobre este asunto.

1.^a La Escuela Republicana es la que ha sabido formar i desarrollar mejor, entre nosotros, el programa de principios liberales que debe seguir cualquier partido para dar al sistema republicano toda la perfección de que hoy es susceptible.

2.^a La Escuela Republicana es la que ha espresado i formulado mejor la revolución de ideas ejecutada por el triunfo de uno de los dos partidos políticos en que está dividida la nación.

3.^a La Escuela Republicana, creando un verdadero teatro político, ha contribuido a la formación del espíritu público i ha dado un poderoso impulso al movimiento de la sociedad hacia el progreso.

4.^a La Escuela Republicana, sobreponiéndose a las pasiones de partido, ha iniciado importantes reformas en la legislación de la Nueva Granada i creado un fuerte estímulo para el estudio de las ciencias que pueden perfeccionarla.

Creemos poder encerrar, en la aclaración de estas cuatro proposiciones, todo lo que sea digno de notarse sobre la obra rejenadora de la Escuela Republicana.

Nosotros hemos contemplado esa obra, no a través del velo fascinador del espíritu de partido; no impelidos por esa simpatía, a veces irresistible, que lleva al joven a admirar ciegamente todas las obras de la juventud, cuando se siente animado, a la par que ella, por el entusiasmo patriótico, ese fuego sagrado que arde más en el corazón del joven i que no deja aun cenizas en él cuando sale a radiar sobre su frente.

Nosotros la hemos contemplado sola, elevada sobre ese fango que los partidos arrojan en el campo en que lidian;—fuera de él, porque odiamos instintivamente el sumerjir allí nuestro pensamiento; porque tenemos la convicción profunda de que ese lodazal es formado solamente por la en-

teñas más importantes, con un festín de risas a un festín de glorias.

La Escuela Republicana, instalada el 25 de setiembre de 1856, ha sido una de esas producciones espontáneas de la juventud que crea con solo ostentar su energía, con solo dejar escapar un destello de esa fuerza vital que es la primera que desborda cuando las sociedades rejuvenecen su existencia, sirviendo de termómetro seguro para medir sus transformaciones progresivas.

Ella fué el parto de esa esperanza que, por su fuerza, llega a ser profética en la juventud, produciendo en ella esa alentadora seguridad que ostenta en todas sus empresas i esa fe ciega en el porvenir que manifiesta cuando siente que la sociedad se adelanta con ella sin zozobra alguna hacia ese abismo en que, para no caer precipitada, solo basta arrojarse con confianza.

Pero esta esperanza de la juventud nos suministra reflexiones más importantes aun que no debemos pasar en silencio. La esperanza nace en el orden moral con todo lo que es fruición, adelanto, progreso; ella representa siempre la vida de la sociedad. El temor acompaña todo lo que es pena, carga, sufrimiento; él en la sociedad como en el individuo es siempre el presagio del peligro i ese peligro es cierto cuando el temor predomina, cuando él es más poderoso que la esperanza. Al contrario, cuando esta se presenta es también seguro el progreso, porque solo él puede causarla, porque solo la energía puede manifestar la vida. Pero cuando esa esperanza se manifiesta de una manera tan brillante en la juventud; cuando a su impulso ella busca la discusión, emite sus opiniones i manifiesta sus ideas; el jermen del progreso está en el fundamento de la sociedad. Cuando ella cree consolidadas sus esperanzas tiene la creencia en el poder i entonces ese jermen tiene bastante fuerza para brotar, suficiente tiempo para desarrollarse, porque el porvenir es de la juventud, de la generación que nace, i no olvidemos que en la revolución jeneral de ideas que hoy se efectúa, las sociedades se transforman al par que las generaciones, que estas marcan sus pasos i miden sus períodos de progreso.

Echemos, para patentizar más esto, una ojeada rápida sobre la situación de la juventud en la Nueva Granada al tiempo de la última transformación política.

(Continúa.)

El domingo 13 de los corrientes hizo la Escuela Republicana los nombramientos de sus funcionarios, habiendo recaído estos en la forma siguiente:

Presidente	Francisco Eustaquio Alvarez.
Vice-Presidente	Ramon Gómez.
Designado	Leopoldo Arias Vargas.
Secretario	Lucio Pinzon.
Tesorero	José Gabriel Camacho.

INSERCIONES.

ORDEN PUBLICO.

Habiendo sabido el Jefe político de Facatativá, que José María Ardila i otros individuos estaban armados en el sitio de Corito, i sin duda con ánimo hostil hacia el Gobierno o con el de cometer otros crímenes, fué dicho Jefe político asociado de algunos vecinos de Facatativá, que según parece no llegaban a quince, a cerciorarse del hecho i restablecer el orden. El Jefe político preguntó a Ardila, a quien encontró acompañado de un número de individuos más que triple del que él llevaba, armados todos, qué objeto se proponía, i le mandó que dispersase su jente; pero Ardila